

En ese momento, merced al proceso vital y literario que experimenta entre 1940 y 1951, será cuando Rosales halle el tono expresivo que caracterizará su voz de ahí en adelante. Anteriormente algo fallaba, era pura construcción verbal sin un mito personal: le faltaba la música íntima. Sobre este descubrimiento esencial edificará toda su obra posterior. Así, después de la guerra civil su obra se convertirá en una autobiografía al tiempo personal y literaria, un autorretrato ético, específico y distintivo, una manera de mirarse a sí mismo y de mirar el mundo (aspecto este constantemente presente en su poesía y en sus textos críticos). Una autobiografía forjada en clave de experiencia de perpetuo aprendizaje e introspección dolorida, en la que las cicatrices vitales y la recreación del paraíso perdido se anudan a la asunción y la reflexión sobre la temporalidad, la alteridad, la creación del ser por la palabra, la infancia y la muerte –asidas al ancla de la memoria–, o la necesidad de testimoniar todo cuanto sucede y rodea al poeta con el fin de convertirlo en andadura vital. A partir de 1940, Rosales se instalará en la duda –uno de los nombres de la inteligencia, como afirmaba Borges–, en el cuestionamiento ante la extrañeza de vivir, en el naufragio interior. Frente al creer, Rosales antepondrá el vivir; ante la creencia, optará por la vivencia [8]. Ese será el origen y la riqueza de su mundo, fragmentario y múltiple, infinito y total. Desde ese instante será consciente de que un poema –ese poema que es su obra poética completa– no se escribe nunca de una sola vez, sino que se reescribe constantemente, como por vez primera, y se va revelando según transcurren los días y las palabras. Y con esa reescritura y ese continuo redescubrimiento se pone de manifiesto su propia identidad, que nunca como entonces estará tan marcada por la duda y el desengaño. Ante un país devastado por la guerra reciente no se podía actuar y escribir de otra manera. Y la suya será una visión afligidamente entusiasta, una mirada sobre el mundo que conjuga al tiempo el dolor y la alegría como ramas de un mismo tronco poético y vital. Lo que él mismo dará en calificar de optimismo desengañado [9].

En ese recorrido hacia su poética de madurez, Rosales transita de una lírica centrada en la tradición heredada y el equilibrio formal como principios estéticos predominantes en la preguerra, a la compleja contradicción propia del tiempo de la postguerra. De la

realización de una poesía claramente inscrita en una concepción lineal del tiempo, a la creación de una lírica de la intrahistoria, en la que el tiempo se concibe cíclicamente [10]. Pero no se detiene aquí, sino que da un paso más allá. Porque su poesía no se pierde en círculos concéntricos, volviendo una y otra vez al origen sin progresión. Es fiel a sí misma, pero también sucesiva. Retrocede y se enreda, pero avanza, ofreciendo nuevas perspectivas en cada nueva obra. De ahí que se pueda afirmar que su lírica, más que lineal o cíclica, es poesía en espiral: vuelve a sus orígenes, se remonta a aquellos recuerdos que ni siquiera le son propios, sino heredados, incluyendo escenas de corte onírico o fabuloso, fragmentos narrativos y dialogantes, imágenes visuales de corte cinematográfico y pictórico. Avanza, retrocede, reflexiona sobre los ejes temáticos que más le implican y obsesionan, al tiempo que añade personajes, testimonios y meditaciones novedosas. Se hace eco de las preocupaciones de su tiempo y las incorpora a su discurso: se inserta y las inserta en él. De este modo nos revela una dinámica en espiral, en bucle, y un interés por lo coetáneo que tendrá su correlato en un estilo que, atento a las nuevas tendencias estéticas, y sin dejar de ser fiel a sí mismo, no duda en renovar. Del mismo modo que su generación nunca desoyó ni quiso renunciar a ninguna tradición anterior –tampoco posterior– sino que las asumió y se enriqueció con todas ellas, también en este caso Rosales opta por la asimilación de todos los planteamientos que las posibles combinaciones del discurso le ofrecen.

Para borrar las fronteras [11], para rechazar los límites, Luis Rosales se vale de su propia finitud humana trascendida, superando el aparente progreso lineal de la temporalidad con la palabra del alma, con la memoria. El recuerdo no sabe de márgenes, sino que se desliza por el ámbito que congrega de forma simultánea pasado, presente y futuro, donde «la muerte no interrumpe nada» porque los muertos apenas se hallan ausentes. O en palabras de Rosales: «Cuando son nuestros, los muertos no se mueren», para seguidamente añadir que en todas las culturas desarrolladas por el hombre el fallecimiento de los seres queridos se considera ausencia, no privación, produciéndose de este modo una vivificación de la muerte que se integra en el círculo temporal. Y así: «los seres que son nuestros, los seres que nos constituyen en lo que somos,

no nos pueden dejar» [12]. La vida se torna así un continuo sucederse dentro de cada ser de todo aquello que le esencializa y constituye su presente vital [13]. El presente, el futuro, articulan un continuo confluir activo del pasado, que se retroalimenta, se renueva, se discierne a partir de la dinámica dialéctica que establece con aquellos, configurándose así como presente vital, es decir, «el presente de toda nuestra vida que actualizamos en cada uno de sus instantes» [14]. De ahí que Rosales afirme que la historia siempre es futura [15].

No existe la Palabra sin la manifestación del dolor. Sólo aquellos que lo han conocido pueden reconocerse vivos, enteros, reales. Sólo donde hay dolor hay tierra y luz sagrada, sólo en su expresión la palabra adquiere sentido completo. Incluso en aquellas ocasiones en las que el poeta sustituye el tono elegíaco por el himnico, el celebratorio, no deja de ser consciente de que el dolor es la más sensible de todas las cosas creadas, que describiéndolo es cuando la palabra adquiere su pulsación más verdadera, y su voz se alza en un timbre más soberbio. El dolor se yergue en la revelación más íntima, la más crucial de la existencia. La vida es la herida, y el poeta comprende que es también la necesidad de verbalizar esta analogía, de expresar ese dolor y asumirlo con alegría, la vía necesaria para aprehender la existencia en toda su plenitud. La muerte, entonces, se concibe junto a la vida como la expresión del absoluto, y la memoria se forja como vía unitiva entre estos dos frentes esenciales de la existencia. Toda la obra de Rosales, a partir de entonces, virará sobre estos ejes cardinales.

Y en ellos la experiencia, como motor de la memoria, adquirirá asimismo un protagonismo crucial. Después de la guerra el poeta será consciente de que el hombre –y así se lo transmite al lector–, no aprende sino a través de la experiencia, que la única manera real de mostrar y compartir el conocimiento consiste en hacer pasar al otro por la misma experiencia por la que el escritor lo aprendió y aprehendió. Será necesario como nunca hermanar experiencia y conocimiento. Todo conocimiento que no sea experiencia será inútil, porque la vivencia y no el concepto es la auténtica unidad de este. Se habrá aprendido, pero si previamente no se vive, no se llegará a saber. La experiencia, asimismo, consiste más en un reconocimiento que en el conocimiento en sí [16], porque